

**Debate**

***Cuban Studies* en la época de Trump:  
Recordando la “normalización” y sus narrativas**

**James Buckwalter-Arias**

Hanover College

Para los que recibimos con alegría el anuncio de presidente Obama en diciembre del 2014 indicando que Cuba y Estados Unidos reanudaban las relaciones diplomáticas, el anuncio de Trump, puesto en escena en el Teatro Manuel Artime en Miami en junio, representó un revés, un sinsentido más en el estrambótico *reality show* del presidente cuarenta y cinco. En la reflexión que sigue, sin embargo, quisiera resistir dos tentaciones: la de especular sobre los posibles giros arbitrarios bajo la nueva e impredecible administración, por un lado, y la de idealizar la política más calculada y racional del presidente Obama, por el otro. A los *Cuba scholars* en los Estados Unidos nos conviene buscar un mínimo de espacio de reflexión y lucidez en el torbellino, resistiendo la gravitación del caos actual y la suspensión de las reglas discursivas acostumbradas. Nos urge pensar de manera crítica en las últimas narrativas coherentes y reconocibles que supo articular un presidente de los Estados Unidos.

Hace menos de tres años, el 17 de diciembre del 2014, que Barack Obama y Raúl Castro aparecieron simultáneamente en las pantallas televisivas en Cuba y Estados Unidos, tras meses de negociaciones secretas, para declarar que se había determinado

reanudar las relaciones diplomáticas entre las dos naciones. Ya en marzo del 2016—unos quince meses después—el mandatario estadounidense estaba de visita en Cuba, dando un discurso en el restaurado Gran Teatro de La Habana, rindiendo homenaje a José Martí en la Plaza de la Revolución, asistiendo a un partido de béisbol junto a Raúl Castro en el Estadio Latinoamericano—en fin, protagonizando una muy buena orquestada serie de eventos teatrales o “diplo-mediáticos”.

En los meses que mediaron entre las declaraciones del 17 de diciembre y la visita de Obama a Cuba, se pretendió dejar atrás más de cincuenta años de hostilidades: “I have come here to bury the last remnants of the Cold War”, rezaba la frase de Obama una vez en La Habana. En los últimos dos años de la administración de Obama, se generaron suficientes declaraciones oficiales, artículos periodísticos, ensayos reflexivos, e incluso unos libros, como para aventurar unas generalizaciones sobre las narrativas esgrimidas por el campo pro-normalización—generalizaciones sobre lo que se afirmó y sobre lo que pocos se atrevieron a afirmar, sobre lo que se podía decir abiertamente y lo que no se podía decir sin sacrificar capital político, sobre quién hablaba y con qué grado de libertad de expresión y de credibilidad.

Aunque no me ocupo en estas páginas de textos propiamente “literarios”, aprovecho las herramientas de la crítica literaria para reflexionar sobre una corriente ineludible en la historiografía cubana—la que se elaboró en los discursos oficiales y la prensa *mainstream* en los Estados Unidos en un período delimitado. Me enfoco en el giro discursivo que se manifiesta entre el 14 de diciembre del 2014 y el 20 de enero, 2017—es decir, entre el anuncio de Obama y la inauguración de Trump—analizando las prácticas retóricas que iban ganando terreno y las que se iban siendo desprestigiadas. Para bien o para mal, la producción cultural cubana se ha visto íntima e inexorablemente ligada a la histórica narrativa nacional. Por lo tanto, nos urge a los que trabajamos en *Cuban studies* en los Estados Unidos—inclusive a los que solemos ocuparnos de poemas, películas, y novelas—reflexionar críticamente sobre la historiografía que se ha ido articulando en este país en los meses posteriores a las declaraciones del 17 de diciembre.

Aunque me centro en las narrativas pro-normalización elaboradas en los Estados Unidos, estas narrativas requieren, como condición de posibilidad, cierta “cooperación discursiva” del campo cubano, y aquí sólo menciono la otra cara de la moneda para reconocer el imprescindible punto de referencia. Los cambios a las narrativas y las estrategias discursivas que se han producido en la isla merecen sus propios estudios; me limito aquí a observar que se ha ido suavizando la triunfalista epopeya revolucionaria y la tradicional vilificación del imperio estadounidense—villano

imprescindible, este último, en la narrativa tradicional de izquierdas en América Latina. Tras los anuncios de diciembre, como observa Iván de la Nuez, el enemigo se convierte en el “país vecino”. Cuba “ha ido abandonando lentamente la vida en mayúsculas, los discursos altisonantes de Todo o Nada que han distinguido su política, su cultura o su lenguaje”. Se transforma el discurso oficial. O, como sugiere Carlos Manuel Álvarez, “la tribu entierra su dialecto”.

Con esta “cooperación” del país caribeño, se hace lo posible en el país continental por sepultar la historia neo-colonial. Se prescinde cada vez más del *guilty conscience* imperialista o el *soul searching* poscolonial, y a tal punto que nos resultaría sentimental, tal vez, o incluso mojigato declarar, por ejemplo, “I believe there is no country in the world, including the African regions, including any and all the countries under colonial domination, where economic colonization, humiliation and exploitation were worse than in Cuba, in part owing to [the United States’] policies during the Batista regime” (Kennedy, cito de Daniel).

Pero tales sentimientos, que hoy achacaríamos tal vez a los militantes intransigentes o a las izquierdas nostálgicas, los expresó el presidente John F. Kennedy, en la Casa Blanca conversando con el periodista francés Jean Daniel en el año 1963, pocos días antes de ser asesinado. En estas páginas, entonces, me pregunto si hoy en día, al momento de hablar del papel histórico de los Estados Unidos en Cuba, los cubanólogos—los que trabajamos en el campo que en los Estados Unidos se denomina *Cuban studies*—tendemos a inhibirnos ante la retórica denunciatoria que supo emplear hace décadas el presidente estadounidense que autorizó la invasión de Playa Girón. Y me pregunto, si es cierto que nos inhibimos ante esta retórica, por qué será.

Aquí cabe recurrir a la distinción que hace Immanuel Kant entre el uso público y el uso privado del razonamiento. “The private [use of one’s reason]”, dice Kant, is “that which one may make of it in a particular civil post or office which is entrusted to him”. Bajo estas condiciones hablaban John F. Kennedy en 1963 y Barack Obama el diecisiete de diciembre del 2014. “[This] private use of one’s reason...” dice Kant, “may often be very narrowly restricted without particularly hindering the progress of enlightenment”. En cambio, “By the public use of one’s reason I understand the use which a person makes of it *as a scholar before the reading public*”. Estas son las circunstancias de nuestras discusiones académicas. Nuestro entorno político es muy diferente al de Kant, desde luego, pero sigue siendo válida su distinción cuando hablamos, por ejemplo, de los diferentes grados de libertad que disfrutamos los estudiosos, por un lado, y los políticos electos, por otro lado.

Reconozcamos de entrada, entonces, que al hablar del campo discursivo en torno a Cuba, donde precisamente la libertad de expresión ha sido un tema clave, el presidente Obama abogaba por este derecho en la isla sin disfrutar plenamente del mismo en la Casa Blanca; nadie duda que su libertad de expresión como presidente estaba “very narrowly restricted” tal como observaba Kant en el siglo XVIII. Por cierto, los más férreos defensores del presidente Obama recurren justamente a esta coartada cuando al presidente se le critica “desde la izquierda” o desde una postura “progresista” de no haber hecho lo suficiente. Obama hizo lo posible, claman sus partidarios, dentro del marco político establecido. No tiene sentido exigirle cambios radicales en la política de los Estados Unidos hacia el régimen comunista.

Y aunque la libertad de expresión también es cada vez más coartada en el ámbito académico, sobre todo después de los eventos del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, D.C., los “scholars before a reading public,” aún gozamos de una libertad relativamente amplia. Podríamos criticar el embargo contra Cuba, por ejemplo, si así lo decidiéramos, de una manera frontal y rotunda, como no lo puede hacer un presidente o un secretario de estado. En este trabajo pregunto, entonces, si los cubanólogos residentes en los Estados Unidos hemos ejercido plenamente esta libertad—es decir, si los “scholars before a reading public” en realidad hemos sido más audaces (*sapere aude!* rezaba el dicho de Kant) que los que ocupan “a particular civil post or office”, o si al contrario desaprovechamos una coyuntura histórica clave para sentar las bases para una narrativa verosímil, responsable, y ética.

¿Retamos los pronunciamientos oficiales cuando son falsos, incompletos, o tergiversados? ¿O más bien los consentimos? Si bien el discurso político y el discurso académico responden a diferentes reglas, como sugiere la distinción de Kant, o si bien pertenecen, en el sentido de Wittgenstein, a diferentes juegos de lenguaje, ¿qué sentido tiene plantear un diálogo entre ellos? ¿En qué medida y según qué principios tiene sentido que los académicos critiquemos o deconstruyamos un discurso ajeno que responde a otras exigencias y se dirige a otro público? Mi premisa en estas páginas es que si bien el discurso académico, por un lado, y el discurso político oficial y el discurso periodístico, por otro, pertenecen a diferentes juegos de lenguaje, no debemos conformarnos con esta segregación. Los académicos debemos deconstruir las declaraciones de los políticos y de los artículos periodísticos, y hasta incursionar en los ajenos “juegos de lenguaje” si se nos presenta la oportunidad. No debemos suponer que esta intervención tendenciosa merme ni el rigor ni el decoro del discurso académico. Al contrario: el haber respetado demasiado las convenciones del discurso

académico nos ha conducido a los cubanólogos en los Estados Unidos hacia una autocensura inconsciente.

*El uso privado de la razón*

Consideremos primero el breve discurso que hizo Obama en diciembre del 2014, y así comenzar a inferir las reglas del juego que se iban implantando cuando se hablaba de Cuba y la supuesta normalización de relaciones diplomáticas. Se trata, desde luego, de un ejercicio inductivo, de armar una narratología o una especie de metalenguaje a base de los enunciados oficiales y los comentarios periodísticos. Empecemos por las afirmaciones espectacularmente ahistóricas que ofreció Obama en ese discurso. Por ejemplo:

Proudly, the United States has supported democracy and human rights in Cuba through these five decades. We have done so primarily through policies that aimed to isolate the island, preventing the most basic travel and commerce that Americans can enjoy anywhere else. And though this policy has been rooted in the best of intentions, no other nation joins us in imposing these sanctions, and it has had little effect beyond providing the Cuban government with a rationale for restrictions on its people. (*Statement*)

Para empezar, aquello de promover la democracia y los derechos humanos durante cinco décadas ni siquiera formó parte del discurso oficial de los Estados Unidos hasta después de la caída del Muro de Berlín. Hasta ese momento histórico habían imperado las exigencias y la retórica anti-comunistas de la Guerra Fría. Los términos ‘libertad’ y ‘derechos humanos’ se esgrimieron después, cuando la retórica de la Guerra Fría ya carecía de sentido. Y en cuanto a las “buenas intenciones” del gobierno norteamericano, nos incumbe referirnos al documento más directo y desembarazado en cuanto a los motivos de la política estadounidense en general y del bloqueo económico en particular. Me refiero al memorándum que escribió en 1960 Lestor Mallory, Deputy Assistant Secretary of State—texto también conocido como Document 499—en el que el autor afirma, “The only foreseeable means of alienating internal support is through disenchantment and disaffection based on economic dissatisfaction and hardship”. Más adelante Mallory afirma que la política estadounidense debía dirigirse con el fin de “bring about hunger, desperation, and the overthrow of the Cuban government”.

Causar hambre, desde luego, difícilmente cuadra con las “buenas intenciones” y la bondad humana que aduce Obama. Tampoco cuadra con la insistencia del presidente que “we should not allow U.S. sanctions to add to the burden of Cuban

citizens that we seek to help”. “Adding to the burden of Cuban citizens”, a fin de cuentas, había sido desde el inicio la estrategia explícita. El presidente Obama plasmaba aquí un revisionismo que nos obligaba a suponer que aquella hambre y desesperación se idearon como instrumentos de “ayuda” al pueblo cubano, tal vez una especie de *tough love* de la superpotencia bondadosa y democrática para un pueblo subdesarrollado y descarrilado—pueblo digno pero oprimido que en aquel entonces, como reconoció el mismo Mallory, le brindaba a Fidel Castro un apoyo masivo. Si rechazamos el revisionismo incoherente de Obama, sin embargo, debemos concluir que los términos ‘libertad’ y ‘derechos humanos’ se han empleado como eufemismos para el recuperado dominio de los Estados Unidos, dominio que se recuperaría induciendo el pánico, el hambre, y la desesperación en los cubanos de a pie.

No afirmo nada original al señalar la duplicidad del discurso geopolítico de los Estados Unidos. Al contrario, se dirá que vuelvo a un discurso gastado, que me empeño en repetir las verdades de otra época, de reproducir una crítica demasiado obvia que no aporta nada a la encrucijada actual. Pero mi intención no es revelar verdades hasta el momento ocultas sino reflexionar sobre los efectos de su omisión en buena parte del caudal discursivo que se desencadena tras los anuncios del 17 de diciembre, 2014, y reflexionar también sobre la relativa complicidad de los cubanólogos en los Estados Unidos ante esta omisión historiográfica.

También quisiera insistir en la mala fe de Obama en la construcción de una narrativa trunca y engañosa, escudriñando sus esfuerzos por distanciarse de la saga al decir, por ejemplo, “There’s a complicated history between the United States and Cuba. I was born in 1961—just over two years after Fidel Castro took power in Cuba, and just a few months after the Bay of Pigs invasion, which tried to overthrow his regime”. Aunque Obama pretende distanciarse de la Guerra Fría y el largo sitio económico y militar de la isla por la superpotencia hemisférica, debemos recordar que la absurda debacle del ZunZuneo que la Associated Press expuso en el 2014 se había implementado entre 2010 y 2012. Es decir, sólo un par de años antes del anuncio de Obama en 2014—y bajo su mandato—los Estados Unidos seguía persiguiendo el viejo sueño de fomentar la revuelta popular en Cuba, esta vez inspirados por la *Arab Spring* y el uso que habían hecho sus protagonistas de los medios sociales del internet.

La idea había sido la de establecer una red social que pareciera auténticamente cubana. Esta red (ZunZuneo se refiere al sonido del aleteo del pequeño colibrí cubano conocido como el zunzún), serviría para organizar un levantamiento en contra del régimen castrista. Aunque USAID luego desmintió la meta derroquista, es bastante

obvio que ésta fue la intención, que USAID mentía, y el proyecto contaba, hay que suponer, con el beneplácito del presidente. Al comienzo de su anuncio el 17 de diciembre, 2014, sin embargo, el presidente subrayaba que nació meses después de la invasión estadounidense en Playa Girón, soslayando de esta manera su reciente complicidad con el proyecto derroquista.

En el anuncio ya citado de Obama, el presidente concluye con una argucia que se ha diseminado en la prensa norteamericana según la cual una política de sitio económico sostenida por cinco largas décadas le ha servido al régimen castrista como “excusa” para sus medidas represivas. Es decir, una política en flagrante violación de las leyes internacionales—y denunciada repetida y casi unánimamente por la comunidad internacional en el voto anual en las Naciones Unidas—ha errado no ya por su falta de legalidad y eticidad, ni por su soberbia trasparentemente neo-imperialista, ni por las terribles consecuencias humanas (estos conceptos no forman parte del léxico oficial), sino por haberle proporcionado al régimen cubano una excusa, un *rationale* por su deplorable política doméstica.

Es verdad que ha sido deplorable esa política doméstica. Y no se puede negar que ha habido intelectuales de izquierdas que minimizan o justifican la represión y censura castristas aduciendo el estado de sitio impuesto por los Estados Unidos durante cinco largas décadas. Pero es posible denunciar los abusos de los Estados Unidos y denunciar a la vez la represión y el autoritarismo castrista. Las dos críticas no se contradicen, y caben fácilmente en un solo cerebro, aunque tal vez no se sacaría esta conclusión al asistir a una conferencia de *Cuban studies* en Miami—o en La Habana. Aunque la tiranía y el imperialismo obviamente son cosas reales que existen en el mundo, en los *Cuban studies* en Estados Unidos, los dos términos tienden a pertenecer a dos discursos segregados, a dos idiomas políticos en un ambiente discursivo bastante “monolingüe”, digamos. No se trata tanto de un diálogo entre sordos, como se suele afirmar, sino más bien de una situación quasi-babélica, un encuentro entre monolingües voluntariosos.

El resultado de esta segregación lingüística y conceptual es una narrativa trunca, tanto en el caso del discurso gubernamental estadounidense como en nuestro propio discurso académico. Cuando Obama afirma que la política benévola y bien intencionada de los Estados Unidos no tuvo éxito—y cuando los cubanólogos lo secundamos o guardamos silencio—se disemina una verdad a medias. El bloqueo no produjo la revuelta anticipada, y en este sentido sí fracasó; pero contribuyó al hambre y la desesperación sufridas en la isla, tal como se había propuesto, y a largo plazo este

sufrimiento ha logrado producir dividendos ideológicos y políticos inimaginables desde que Mallory redactó su memorándum en 1960. Las energías revolucionarias anti-capitalistas parecen haberse extinguido hoy de modo definitivo, y Cuba sirve de terrible emblema de lo que sucede cuando un país pequeño desafía al imperio y su modelo político-económico globalizado. Hoy Cuba y su revolución sirven como escarmiento para el hemisferio. El bloqueo no fue un “fracaso”, entonces, para la geopolítica estadounidense sino un éxito a medias, un éxito no del todo anticipado. Si bien no provocó el derrocamiento, sentó las bases para una “normalización” diplomática muy favorable para el proyecto estadounidense de hegemonía hemisférica en el siglo veintiuno.

Se puede concluir, entonces, que en vez de abandonar la política de los últimos cincuenta años—como pretende Obama—lo que hace en realidad el presidente es recoger sus frutos. La fruta llega a su madurez, según la metáfora que propuso John Quincy Adams para Cuba en el siglo diecinueve. Pocos tienen paciencia para la vieja cantaleta anti-imperialista o para utópicas alternativas socialistas que pugnan con la Pax Americana neoliberal. La metáfora de John Quincy Adams resulta apta. Cuba se ubicaba en la “esfera de influencia” estadounidense en la primera mitad del siglo veinte, y en el siglo veintiuno, después de un vano intento durante medio siglo de desafiar la natural gravitación, parece inminente la vuelta a su órbita natural.

La pompa de la restauración se puso en escena en agosto del 2015 cuando John Kerry presidió sobre la reinauguración de la embajada estadounidense en la capital cubana. En esta ceremonia, el Secretario de Estado repetía los motivos introducidos por Obama.

Decades of good intentions aside, the policies of the past have not led to a democratic transition in Cuba. It would be equally unrealistic to expect normalizing relations to have, in a short term, a transformational impact. After all, Cuba's future is for Cubans to shape. Responsibility for the nature and quality of governance and accountability rests, as it should, not with any outside entity; but solely within the citizens of this country.

Vuelven a aparecer, cual *ostinato*, las “buenas intenciones” del vecino al norte, a pesar de una historia de invasión, asesinatos fallidos, y un largo y cruento sitio económico. Y vuelve la idea de que a pesar de las celebradas buenas intenciones, la política estadounidense de los previos cincuenta años no ha producido lo que es, a fin de cuentas, el único desenlace posible para el país caribeño: el retorno a una “normalidad” definida por la democracia liberal, la economía de mercado, y la deferencia ante el



coloso al norte. Pero la restauración de las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos—se supone—daría el resultado añorado durante tantos años.

Todo el mundo ha reconocido, con Iván de la Nuez, que “el capitalismo es hoy El Sistema universal”. Así Kerry puede concluir con la paradoja de la libertad y soberanía cubana, por un lado, y la vía única, el modelo universal por el otro. Es decir, le toca al pueblo soberano de Cuba optar libre y soberanamente por la única vía aún existente—la “transición democrática,” como lo llama Kerry, hacia la conformidad con el capitalismo y la Pax Americana tal y como se prescribe en Washington.

La pompa se registraba no sólo en la retórica ahistórica y taimada de Kerry sino en la puesta en escena, en la simbólica presencia de los mismos tres *marines* que hacía cincuenta años bajaron la bandera estadounidense en la embajada estadounidense, y la presencia simbólica, mientras Kerry hablaba, de los tres antiguos autos americanos al fondo, en el malecón, delante del mar apacible. En una reflexión sobre esta puesta en escena, Odette Casamayor escribe, “Con los tres marines y los tres almendrones, presencia congelada para el futuro: el recordatorio de que nada ha cambiado en medio siglo”. Al bello y conmovedor ensayo de Casamayor sólo me aventuro a agregar que si nada ha cambiado, y ahí están todavía los tres marines y los tres almendrones de hace cincuenta y pico de años, y si el único derrotero imaginable es volver a reconocer el dominio del sistema político-económico de los Estados Unidos, se trata, simbólicamente, de una especie de restauración; los Estados Unidos vuelve a restablecer relaciones “normales” (dentro del marco neocolonial) y a la vez permitir, poco a poco, que Cuba vuelva a su debido lugar en el mundo.

No hace falta explicitar—sería de mal gusto—que ese lugar debido es el de un país más en el *global South*, en el hemisferio americano, y bajo la hegemonía que los Estados Unidos pretende (como lo ha demostrado Andrés Serbin) fortalecer precisamente con la normalización de las relaciones diplomáticas con Cuba. Al contrario, al no referirse siquiera a la historia y el actual contexto latinoamericanos, es posible soñar con un futuro próspero que nada tiene que ver con la realidad asimétrica, disfrutar un ensueño que iría al traste con la simple mención de países o territorios reales como, por ejemplo, Puerto Rico, o la República Dominicana, o América Central.

Menos de un año después de la visita de Kerry, el presidente Obama y su familia estaban de visita en la capital cubana. El teatro “diplo-mediático” culminaba con un *performance* extraordinario del mandatario norteamericano, y aunque en este ensayo me concentro en un complejo narrativo y lingüístico—y sólo de manera tangencial en el *performance* más bien teatral de los mandatarios y las bien coreografiadas puestas en

escena—aquí hay que dirigir unas palabras al papel de Obama como persona. Ni John Kerry ni George W. Bush ni Hillary Clinton ni—dios nos libre—Donald Trump podrían haber dado el performance mediático y diplomático que dio Obama en el Gran Teatro. La conversación telefónica con Pánfilo en la víspera del viaje—y el video que apareció en la televisión cubana y se compartía en las redes sociales—nos aseguró que Obama se sentiría perfectamente a gusto en Cuba; su “¿Qué bolá?” nos confirmaba que a fin de cuentas éramos pueblos hermanos, a pesar de décadas de incomprensiones y hostilidades, y que los americanos aprenderíamos rápido, si bien no el español, por lo menos unos graciosos cubanismos. Y para algunos, según cuenta Charly Morales Valido, la “cariñosa nalgada” que el presidente le dio a su esposa Michelle al subir al Air Force One (un gesto que “no pasó desapercibido para el sujeto de a pie”) constituía evidencia de que el presidente se estaba “cubanizando”. Nadie como Obama para caer bien en Cuba, ni siquiera el *entertainer* profesional, Conan O’Brian, que llegó a la isla con su propio *show*—muy bien logrado, por cierto—antes de que los diplomáticos pudieran llegar con el suyo.

Tal vez se debe justamente a su genialidad, a la naturalidad con que Obama cae bien, que ni los liberales cuestionan sus pronunciamientos más ahistóricos. O tal vez los liberales consideran que en el fondo Obama es tan progresista como los más progresistas, y hace lo mejor posible dadas las “estrechas restricciones” que debe observar los que hacen “uso privado” de su razón. Pero empecemos con una afirmación que hizo Obama en el Gran Teatro de La Habana que no tiene tanto que ver con el conflicto Cuba y Estados Unidos como con África del Sur: “We took different journeys to our support for the people of South Africa in ending apartheid. But President Castro and I could both be there in Johannesburg to pay tribute to the legacy of the great Nelson Mandela” (*Remarks*).

Esto ya no es una declaración meramente cautelosa que respeta las “estrechas restricciones” sobre el uso privado de la razón, sino una tergiversación apabullante, un *whitewashing* descarado. Obama y Raúl se dieron la mano en el funeral del líder sudafricano que en los años ochenta Reagan consideraba un terrorista. Y en los años anteriores al fin del *apartheid* el presidente norteamericano George H. W. Bush no pudo siquiera denunciar el sistema racista. Es una impostura grotesca afirmar que Cuba y Estados Unidos eligieron “different journeys to our support for the people of South Africa”. Los Estados Unidos echó su suerte con el sistema racista en África del Sur mientras que Cuba se opuso, y es decepcionante que el primer presidente afroamericano sea capaz de soslayar esta realidad.

Pero no es menos escandaloso afirmar, “Proudly, the United States has supported democracy and human rights in Cuba through these five decades”, como hizo Obama en su declaración de diciembre del 2014 (*Statement*). Y si la visión que ofrece Obama del pasado es descaradamente falsa, su visión del futuro no lo es menos. El mensaje estadounidense en los meses después del discurso de Obama y de Raúl Castro en diciembre del 2014 fue una especie de evangelio del mercado libre y de la democracia liberal, tal como existe en los Estados Unidos. “El cubano inventa del aire,” rezaba la frase de Obama en el Gran Teatro de La Habana, invocando de esta manera el excepcional espíritu empresarial cubano—aquél excepcionalismo caricaturesco que nos permite pasar por alto la realidad económica y geopolítica del Caribe.

Para justificar su optimismo, el presidente habló de un par de cuentapropistas cubanos (Sandra Lídice Aldama y Papito Valladares) cuyos ejemplos indicaban el camino a seguir. Estos cuentapropistas son las nuevas voces del evangelio del *free enterprise*. Pero el evangelio de mercado no es una “buena nueva” sino un viejo lugar común, y sería ahistórico suponer que ha liberado económicamente a los ciudadanos de a pie en los países de la cuenca del Caribe, por ejemplo. Sólo al invocar el excepcionalismo cubano puede uno entregarse a esta fantasía de una nación en vísperas de la justicia y la prosperidad. Parece acariciarse la idea de que Cuba, con su excepcional espíritu empresarial, conocerá una prosperidad que ha eludido a los pequeños países vecinos menos emprendedores.

Y más allá del modelo económico, al escuchar hablar a Obama en La Habana uno supondría que también existe ya, en el continente, un viable modelo político alternativo, y que sólo es cuestión de comprender sus obvias ventajas y de adoptarlo—sin perder, claro, la identidad propia, como advierte la cuentapropista Lídice Aldama. En las palabras de Obama,

I'm not saying this is easy. There's still enormous problems in our society. But democracy is the way that we solve them. That's how we got health care for more of our people. That's how we made enormous gains in women's rights and gay rights. That's how we address the inequality that concentrates so much wealth at the top of our society. Because workers can organize and ordinary people have a voice, American democracy has given our people the opportunity to pursue their dreams and enjoy a high standard of living. (Aplausos.) (*Remarks*)

¿Dónde empezar? Refutar cada una de estas afirmaciones apelando al record histórico sería una fácil tarea escolar; pero nos obligaría a llenar páginas repitiendo precisamente aquellos argumentos obvios y recurridos que se asocian con una

izquierda desvencijada en esta época de *panglossianismo* cuentapropista. El exagerado optimismo de Obama colma el vaso en el siguiente comentario:

Now, there are still some tough fights. It isn't always pretty, the process of democracy. It's often frustrating. You can see that in the election going on back home. But just stop and consider this fact about the American campaign that's taking place right now. You had two Cuban Americans in the Republican Party, running against the legacy of a black man who is President, while arguing that they're the best person to beat the Democratic nominee who will either be a woman or a Democratic Socialist. [Risas y aplausos.] Who would have believed that back in 1959? That's a measure of our progress as a democracy. [Más aplausos.] (*Remarks*)

¿Las campañas presidenciales del 2016 como evidencia de una democracia robusta y dinámica que responde a las necesidades del pueblo? Aun en marzo del 2016 esto constituía una exageración evidente. ¿Hemos de derrochar más papel y tinta detallando las múltiples capas de falsedad de la visión obamista? Tal vez sea necesario, pero no es lo que propongo hacer en estas páginas.

#### *El uso público de la razón*

Todo lo anterior sugiere algo más de lo que Kant postuló como “estrechas restricciones” sobre el uso privado de la razón para los que ocupan una posición gubernamental. Sugiere que no basta respetar ciertos límites sobre lo que uno puede afirmar en el contexto “privado”, sino que hace falta distorsionar los hechos históricos. No sólo hay que omitir verdades; hay que fabricar otras que las sustituyan. Pero, ¿cuál ha sido y cuál debe ser la respuesta de los que hacemos uso “público” de la razón, los que actuamos como “scholars before a reading public”? ¿Cuál es el deber ético de académicos y periodistas ante las obligatorias imposturas de los que hacen uso “privado” de la razón? ¿Debemos imponernos una especie de autocensura para no poner en peligro los indiscutibles avances que logró Obama?

En términos generales, los periodistas y los académicos a favor de lo que obstinadamente se ha llamado la “normalización” diplomática entre Cuba y Estados Unidos han legitimado la narrativa histórica e ideológica divulgada por la administración del presidente Obama. (En estas páginas paso por alto la histérica reacción conservadora en contra de la normalización que escuchamos, por ejemplo, de los candidatos cubanoamericanos a la presidencia en 2016, quienes Obama luego ofreció como ejemplo de la diversidad política en Estados Unidos.) Los liberales, entonces, han diseminado el evangelismo de mercado y del cuentapropismo pregonado por el mandatario, si bien se ha moderado este evangelismo con el reconocimiento de que el

capitalismo y la democracia liberal no producen un mundo “perfecto” ni “sin problemas”, pero sí, felizmente, un sistema capaz de encarar estos problemas. En los Estados Unidos ya existe “el mejor de los mundos posibles” postulado por Leibniz y ridiculizado por Voltaire. Así que en términos generales, se ha ratificado la narrativa histórica plasmada por el presidente Obama. Y se da por sentado que una alternativa aceptable y viable al modelo cubano ya existe y que sólo es una cuestión de descubrir la manera de implementar la “transición” al mejor de los mundos posibles—aunque ese modelo superior se haya sometido a los programas neoliberales de “austeridad”. Como expresa Emily Morris, “There seems to be little doubt that the process of normalization of economic relations will continue, and the only uncertainty now is the pace of change” (117).

Aunque es imposible considerar todos los escritos pos-17D en su conjunto, el libro *A New Chapter in US-Cuba Relations*, publicado en 2016 por Palgrave Macmillan, ofrece un buen estudio de caso. La colección representa un grupo de escritos que, al publicarlos, la casa editorial identifica como importantes y sobresalientes. Y efectivamente, los ensayos son excelentes, bien investigados, escritos, y plasmados. Pero la discusión respeta determinados parámetros ideológicos que aquí pretendo cuestionar. El *web forum* que sentó las bases para la discusión y luego la publicación de este libro fue auspiciado por dos grupos: el Center for Latin American and Latino Studies (CLALS) de American University, y el Social Science Research Council (SSRC). Este último grupo recibió apoyo de la Ford Foundation, tal como la revista *Encuentro de la cultura cubana*, y no debe sorprendernos entonces que, tal como en la bien conocida revista, las críticas dirigidas a los Estados Unidos son pocas y leves. No se reta abiertamente, por ejemplo, la narrativa histórica planteada por la administración de Obama, ni se condena en términos frontales ni el bloqueo económico ni el estatus legal de la base naval en Guantánamo. El bloqueo económico se reconoce como obstáculo a la normalización, por ejemplo, pero no se denuncia como medida cruel, ilegal e inaceptable.

Marifeli Pérez-Stable sí afirma que “Cuba *rightfully* insists that the United States should lift the embargo,” pero este deber ético surge muy poco en esta colección de ensayos (107). Por cierto, Marifeli Pérez-Stable es la que tal vez caracteriza mejor el volumen al afirmar—refiriéndose al proceso de normalización en términos generales—que “Ethics, justice, and acceptability have little bearing on the matter, but *realpolitik* does” (108). Buena parte de mi intención en estas páginas es insistir que si bien “ethics, justice, and acceptability” pesan muy poco en el discurso político y el *performance* diplo-

mediático, nos corresponde a los que hacemos uso público de la razón, a los que no tenemos por qué acatar el protocolo diplomático, otorgarles a estas categorías su peso debido. Debemos reivindicar la vertiente ética y jurídica de los estudios cubanos en los Estados Unidos.

Tampoco se cuestiona frontalmente si en realidad se puede hablar con propiedad desde los Estados Unidos del tema de los derechos humanos en Cuba. Cuando se mencionan los derechos humanos, es para referirse al déficit cubano en este campo. Pero nada más hay que consultar el informe del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 2015 sobre los derechos humanos en los Estados Unidos para rechazar la idea de que el “problema” de los derechos humanos reside principalmente en Cuba, o que el problema es peor en La Habana que en Washington, D.C. o que en la base naval de Guantánamo. Yo no sé, en realidad, en qué país se respetan o se violan más los derechos humanos. Sólo afirmo que la percepción que el “problema” existe primariamente en Cuba y que le corresponde naturalmente a Estados Unidos usar su poder para resolver ese problema no surge de una rigurosa comparación ética, jurídica, y estadísticamente comprobada, sino de la terrible asimetría geopolítica que nos induce a suponer que debe conformarse el país más débil. El problema es, en el fondo, un problema ideológico, un problema de “falsa conciencia” en el sentido tradicional del término.

No es el propósito de estas páginas ofrecer un estudio comprensivo y estadísticamente comprobado sobre las tendencias periodísticas y académicas que han predominado tras los anuncios de Barack Obama y Raúl Castro—tendencias que intento caracterizar aquí en términos muy generales y con un espíritu ensayístico y por lo tanto hipotético. Lo que propongo, en cambio, es empezar con el ejemplo concreto del libro publicado por Palgrave Macmillan, *A New Chapter in US-Cuba Relations*, para luego examinar los escritos de un cubanólogo en particular, porque en ellos se vuelven explícitos los principios fundamentales que apuntalan, a mi juicio, el discurso liberal. Mientras que en muchos análisis de la banda liberal—pro-Obama y pro-normalización—se esquiva la terrible asimetría de poder entre Cuba y Estados Unidos, los escritos de Arturo López Levy identifican, como es debido, esta asimetría como tema central. Este cubanólogo va al grano del asunto—y saca conclusiones que en este ensayo termino por rechazar.

Al hablar de la insuperable desigualdad geopolítica de los dos países, López Levy no denuncia la postura hegemónica de los Estados Unidos. La acepta como natural e inevitable. Su perspectiva y sus amplios conocimientos y su sofisticado

razonamiento representan un punto de referencia imprescindible, entonces, porque López Levy acepta como realidad inalterable lo que la izquierda denuncia, y lo que los liberales en la prensa *mainstream* en los Estados Unidos prefieren soslayar. López Levy explicita lo que los que celebran las iniciativas de Obama presuponen y callan—la imposibilidad de una relación geopolítica equilibrada entre “iguales” que jamás fueron iguales ni jamás serán iguales. La “normalización” es una fantasía, entonces, si por normalización entendemos la relación entre dos países soberanos, independientes, y con iguales derechos y estatus político.

En un artículo publicado en *Tampa Bay Online*, por ejemplo, López Levy comenta que los “radical revolutionaries in Havana who dream about a community of Latin American and Caribbean states launching a hemispheric revolution and challenging U.S. power” ya son pocos, y que “these Joan of Arc radicals hearing voices from battle to battle are not easy to find in Havana anymore”. En estas líneas escuchamos el ya muy conocido desprecio hacia la izquierda tradicional, con el acostumbrado tono sardónico, y aunque López Levy habla específicamente de los revolucionarios en La Habana, se sobreentiende que los que intentamos reivindicar el discurso anti-imperialista, anti-capitalista, y anti-globalizador en otras partes del mundo sufrimos el mismo delirio político atavista. Y efectivamente pocos individuos trabajando en el campo de *Cuban studies* en los Estados Unidos hoy en día buscan la manera de apropiar elementos del tradicional discurso anti-imperialista.

A diferencia de los revolucionarios de antaño, López Levy acepta las consecuencias “realistas” de la terrible asimetría entre la superpotencia mundial y la isla subdesarrollada. En su versión de la historia de David y Goliat, que tanto se invoca al hablar de Cuba y Estados Unidos, el joven israelita le debe “deferencia” a su rival, porque a fin de cuentas el mundo es así, y el acomodo pacífico entre el fuerte y el débil—por desigual que sea—es preferible a la hostilidad abierta. “There are respectful forms of compromise by which the United States can acknowledge Cuban sovereignty while Cuba shows deference to American ‘great power’ status”.

En otro artículo López Levy se basa en el trabajo de Brantly Womack sobre las relaciones geopolíticas asimétricas. “In such arrangements”, explica López Levy, “the stronger power acknowledges the sovereign status of the weaker one, and the latter, in turn, expresses deference to the stronger power’s prominence in global and regional issues” (Cuba-US, 28). Se abandonan aquí tanto las viejas premisas imperialistas como las anti-imperialistas. Los países metropolitanos ya no desempeñan una misión civilizadora, y los países periféricos no aspiran a la igualdad geopolítica. No hay

superioridad o inferioridad moral ni intelectual, sino un insuperable desequilibrio de poder. La relación asimétrica debe ser mutuamente “respetuosa”, y el viejo modelo “imperial-coercitivo” debe ser suplantado por la hegemonía del “orden liberal-democrático.”

Comprendo que la tesis de Arturo López Levy no representa toda la prensa liberal ni a todos los grupos académicos o no gubernamentales a favor de la normalización. Considero, sin embargo, que la conformidad tácita con las consecuencias “realistas” de la asimetría política subyace en el discurso pro-normalización en los Estados Unidos, aun cuando los periodistas y académicos no lo quieran reconocer como tal. Mi diferendo con Arturo López Levy se reduce, entonces, a la distinción entre hecho y valor. Reconozco la validez de lo descriptivo en sus escritos sobre la dinámica geopolítica, pero no acepto lo prescriptivo—es decir, que la nación débil debe asumir una actitud de deferencia ante la nación fuerte.

Si los Estados Unidos pretenden recuperar un dominio hemisférico que justamente su política hacia Cuba ha puesto en peligro (tal como reconoce López Levy), ¿por qué *no* pensar en la posibilidad de una resistencia regional o hemisférica? O sea, si el “nuevo regionalismo latinoamericano” comentado por Andrés Serbin tal vez le obligó a los Estados Unidos a reconocer el gobierno de Cuba y tomar el paso hacia la normalización, por que *no* hacer más demandas? ¿Por qué no hacerle frente al precario dominio del modelo actual, no ya en base de los viejos nacionalismos sino con un espíritu propiamente internacionalista?

#### *La otra normalización*

Pero estas preguntas son puramente hipotéticas, por el momento. Sabemos que no es posible proponer, desde las páginas de una publicación académica, medidas geopolíticas ni concretas estrategias de resistencia para determinados movimientos sociales. Más sentido tiene pensar en las estrategias lingüísticas e ideológicas de los que favorecen las medidas implementadas por Obama, y pensar también en las estrategias lingüísticas e ideológicas que debemos adoptar los cubanólogos en los Estados Unidos, los que de una forma u otra ocupamos ese campo amorfo que se designa como *Cuban studies*. Concluyo, entonces, con una reflexión sobre el lenguaje, y específicamente sobre un término clave en este contexto discursivo: la *normalización*. Reconozco con Marifeli Pérez Stable que nunca hubo una relación “normal” a la que un buen día puedan volver Cuba y Estados Unidos. No puede haber una relación “normal” en el contexto legal internacional, desde luego, cuando un país ocupa parte del territorio del otro y mantiene



una base militar sin legítimos acuerdos bilaterales, o cuando mantiene un bloqueo económico ilegal denunciado por el resto del mundo. ¿Qué significa, entonces, la normalización?

Ya podemos aventurar lo siguiente: la “normalización diplomática” de que tanto se habla no puede ser tal cosa bajo las circunstancias que hemos señalado. Podemos entender la “normalización,” sin embargo, en el sentido sociológico que emplea Michel Foucault. En su significado sociológico, como sabemos, la “normalización” se refiere al proceso a través del cual una relación o un comportamiento se representa como normal o natural cuando lo que es, en realidad, es producto de un proceso social, político, o ideológico—el resultado de las relaciones de poder. Los cubanólogos, especialmente los que nos ocupamos de analizar el capital simbólico y cultural, debemos ocuparnos de esta segunda “normalización”—proceso mucho más vigoroso que la “normalización” diplomática y geopolítica.

Si priorizamos, algo voluntariosos, esta segunda acepción del término—la sociológica—se nos abre una dinámica enérgica que se desarrolla ya no entre oficiales diplomáticos a puertas cerradas sino a plena vista—bajo pleno sol, por ejemplo, en el malecón de La Habana, o en el escenario del Gran Teatro de la Habana. La normalización en el sentido sociológico nos da mucho más de qué hablar que el letárgico y opaco proceso de normalización diplomática—proceso aparentemente suspendido, de todos modos, en la época de Trump. En el mejor de los casos, este último proceso (el diplomático) se desarrolla tras puertas cerradas. El primero, sin embargo (el ideológico) se pone en escena con una pompa suntuosa, y nos ubica a los críticos culturales en un campo en el que los datos y la retórica y las imágenes sobreaman y en el que manejamos los términos, los conceptos, y las estrategias ideológicas.

A los cubanólogos que nos hemos dedicado al estudio del lenguaje, la narrativa, y las estructuras lingüístico-ideológicas, y que hacemos “uso público” de la razón, nos incumbe poner al descubierto este *otro* proceso de normalización e incursionar en el mismo—impedir, por ejemplo, que la narrativa plenamente ahistórica de Barack Obama se vuelva sentido común; insistir en que no hubo nunca una situación normal ni aceptable a la que Cuba y los Estados Unidos hoy puedan volver; hacer lo posible para impedir que se olvide la verdadera historia de los “buenos vecinos” con las “buenas intenciones” que hace poco celebraba Obama; cuestionar la legitimidad del evangelio cuentapropista que en realidad no cuenta con muchos milagros económicos en otros países del *global south*; rechazar la noción de que los Estados Unidos tiene alguna

autoridad al hablar de los derechos humanos; desmontar el binarismo entre la mala dictadura castrista y el mejor de los mundos posibles al norte, cuando en realidad nos encontramos ante dos modelos fraudulentos, injustos, e inaceptables.

Los que estudiamos la producción cultural cubana, y quisiéramos ver en la isla una sociedad más abierta en la que, por ejemplo, Tania Bruguera y el grafitero Sexto pudieran expresarse más libremente, sin temor a las medidas represivas; debemos insistir que la solución no se va a encontrar en el país de Edward Snowden o de Chelsea Manning—ni mucho menos en la “America” de Trump, en la que un periodista como Daniel Heyman es encarcelado por dirigir preguntas a Tom Price, el secretariado del Department of Health and Human Services. Habría que insistir que si bien el sistema policial y carcelario en Cuba es injusto y brutal—no se puede negar—un sistema modelo no se va a descubrir en el país de Eric Garner o Philando Castile.

Y debemos volver a abrir nuestro propio léxico y nuestro propio discurso a los términos que en nuestra subcultura académica hemos tendido a asociar con una izquierda anquilosada y atavista siempre y cuando los términos se adecuan bien a los datos históricos—es decir, cuando las críticas al capitalismo y el imperialismo corresponden a determinadas realidades perfectamente documentables. Si bien empleamos sin titubeos términos tan importantes y necesarios como ‘dictadura’, ‘represión’, ‘dinastía’, ‘régimen’, debemos emplear con la misma soltura términos como ‘imperio’, ‘neocolonialismo’, y ‘explotación capitalista’. No tiene sentido seguir segregando los campos léxicos, dando por sentado que el discurso pos-socialista pertenece hoy a los liberales razonables que aceptan los términos de la pax americana tal como se plantea en los Estados Unidos, mientras que el discurso anti-imperialista pertenece a los dogmáticos de ayer, a los militantes intransigentes—como si la megalomanía de los Castro y el imperialismo estadounidense no cupieran ambos en un solo cerebro. Aceptar esta segregación léxica y conceptual es participar precisamente en la normalización ideológica que debemos combatir.

Para empezar, algún modelo de las relaciones geopolíticas en un mundo radicalmente desigual es imprescindible en los estudios cubanos. Arturo López Levy ofrece un modelo: el país pequeño y débil le debe *deferencia* al país grande y poderoso. Pero ésta no es la única posibilidad, y mientras tanto, en otros campos académicos, el término *imperio* se sigue teorizando, elaborando, precisando, y debatiendo. Existen, por ejemplo, los fascinantes debates desencadenados por el libro *Empire* de Michael Hardt y Antonio Negri. Los que siguen pensando que el concepto ‘imperio’ se quedó estancado en los años sesenta y setenta del siglo pasado sencillamente se equivocan, y

el campo de *Cuban studies* precisa urgentemente un diálogo serio y riguroso sobre este concepto aunque Cuba y Estados Unidos sigan su camino hacia una “normalidad” que todos sabemos nunca existió.

¿Hemos de prescindir, en *Cuban studies*, de un modelo informado e inteligente de la dinámica neo-imperial—o, si se prefiere, del imperio, como sugieren Hardt y Negri? ¿Será por miedo a ofender al país anfitrión que acogió a tantos cubanos en momentos desesperados que preferimos suprimir la denuncia? Si en vez de esquivar la vieja crítica anti-imperialista, *Cuban studies* se dedicara a actualizarla y ampliarla, contribuiría mucho a los debates en curso. Y si bien se ha descubierto en la isla los límites del anti-imperialismo y el anti-capitalismo nacionalistas cubanos, la respuesta responsable no es desentendernos por completo de las necesarias críticas sino volver a colocarlas en su debido contexto internacional, volver a encarar honestamente los horrores de la globalización capitalista en la mejor tradición del pensamiento radical.

#### Obras citadas

- Álvarez, Carlos Manuel. “La tribu que entierra su dialecto.” *El malpensante*  
<http://elmalpensante.com/articulo/3242/la-tribu-que-entierra-su-dialecto>.
- Casamayor-Cisneros, Odette. “Cuba: Una bandera, tres almendrones, y el mar...otra vez el mar.” *Literal: Latin American Voices*. <http://literalmagazine.com/cuba-una-bandera-tres-almendrones-y-el-mar-otra-vez-el-mar/>.
- Kant, Immanuel. “What is Enlightenment?” <http://www.allmendeberlin.de/What-is-Enlightenment.pdf>.
- Jean Daniel, “Unofficial Envoy: An Historic Report from Two Capitals.” *The New Republic*, 14 December, 1963, 15-20.
- Hershberg, Eric and William M. LeoGrande, eds. *A New Chapter in US-Cuba Relations*. New York: Palgrave Macmillan, 2016.
- Kerry, John. Remarks at Flag Raising Ceremony. UD Department of State. <http://www.state.gov/secretary/remarks/2015/08/246121.htm>.
- López Levy, Arturo. “Cuba-US: The December 17 Agreement in the Rationale of Asymmetric Relations.” *A New Chapter in US-Cuba Relations*. Eds. Eric Hershberg and William M. LeoGrande. New York: Palgrave Macmillan, 2016. 27-40.

- \_\_\_\_\_. “Embracing U.S.-Cuba relations’ new normal: What would Churchill do?” *Tampa Bay Online* 20 September 2015, <http://www.tbo.com/list/news-opinion-commentary/arturo-lopez-levy-embracing-us-cuba-relations-new-normal-what-would-churchill-do-20150920/>.
- Mallory, Lester. “499. Memorandum from the Deputy Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs (Mallory) to the Assistant Secretary of State for Inter- American Affairs (Rubottom).” <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d499>.
- Morales Valido, Charly. “¿Qué bolá, Obama?” *On Cuba*. <http://oncubamagazine.com/sociedad/que-bola-obama/>.
- Mele, Christopher. “Reporter Arrested in West Virginia After Persistently Asking Questions of Tom Price.” *New York Times* 10 May, 2017, [https://www.nytimes.com/2017/05/10/business/media/reporter-arrested-tom-price.html?\\_r=0](https://www.nytimes.com/2017/05/10/business/media/reporter-arrested-tom-price.html?_r=0).
- Morris, Emily. “How Will US-Cuban Normalization Affect Economic Policy in Cuba?” *A New Chapter in US-Cuba Relations*. Eds. Eric Hershberg and William M. LeoGrande. New York: Palgrave Macmillan, 2016. 115-127.
- de la Nuez, Iván. “Cuba, apoteosis ‘now.’” *inCUBAdora*. <https://incubadora.org/2015/03/25/ivan-de-la-nuez-%C2%B7cuba-apoteosis-now%C2%B7/>.
- Obama, Barack. Remarks by President Obama to the People of Cuba. Office of the Press Secretary, <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2016/03/22/remarks-president-obama-people-cuba>.
- \_\_\_\_\_. Statement by the President on Policy Changes. Office of the Press Secretary <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2014/12/17/statement-president-cuba-policy-changes>.
- Pérez-Stable, Marifeli. “Cuban Exceptionalism.” *A New Chapter in US-Cuba Relations*. Eds. Eric Hershberg and William M. Leogrande. New York: Palgrave Macmillan, 2016. 101-127.
- Serbin, Andrés. “Onstage or Backstage? Latin America and US-Cuban Relations.” *A New Chapter in US-Cuba Relations*. Eds. Eric Hershberg and William M. Leogrande. New York: Palgrave Macmillan, 2016. 179-189.